

RUIPÉREZ, Martín S. y MELENA, José Luis, *Los griegos micénicos*, Madrid, Historia 16 (Biblioteca Historia 16, 26), 1990, 168 págs.

Hace un año fue publicado un libro muy interesante para los amantes del mundo clásico que se refiere a un pasado relativamente remoto en Grecia. Se trata de *Los griegos micénicos*, escrito por Martín S. Ruipérez y José Luis Melena. Ambos autores,* ampliamente reconocidos por sus estudios y, en particular, por los que se relacionan con la lengua micénica, tienen muy claro que "la filología no es sólo lingüística, sino el estudio de una cultura a partir de los datos de los textos" (p. 9). Es por ello que el libro que reseñamos resulta útil tanto para los historiadores que no conocen los nuevos descubrimientos en lingüística y filología micénicas, así como para los filólogos clásicos que encuentran aquí muestras de un trabajo paciente y sistemático sobre los textos del mundo micénico. En efecto, el libro mencionado, claro y apasionante, contiene once capítulos distribuidos en dos secciones temáticas. La primera comienza con una rápida presentación cronológica de

* El doctor Martín S. Ruipérez fue profesor, durante muchos años (1947 a 1988), en las Universidades de Salamanca y Complutense. Es también muy conocido en México ya que impartió cursos intensivos de lengua griega en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (de 1981 a 1984). Fue director de la famosa revista *Minos* (1956-1980) y, desde entonces, miembro del Comité Internacional Permanente de Estudios Micénicos. Ha cultivado la lingüística estructural y la filología micénica. Internacionalmente ha sido reconocido por sus estudios sobre la morfología verbal, así como sus teorías sobre el aspecto del verbo. En 1989 se recogieron algunas de sus principales contribuciones en un volumen intitulado *Opuscula Selecta* (Instituto de Lingüística Comparada de la Universidad de Innsbruck).

El doctor José L. Melena es catedrático de Filología Griega en la Universidad del País Vasco, de España, director de la revista *Minos* y del Instituto Cultural Español "Reina Sofía" de Atenas. Trabaja actualmente en la recomposición de las tablillas micénicas de Cnoso, Creta y Pilo.

la cuenca del Egeo en la edad del Bronce y con el análisis de las dos escrituras del II milenio a.C., una de creación autónoma en el Egeo y otra, la lineal A, que es una escritura fonética-silábica identificada actualmente con el luvita oriental y que, pese a los progresos realizados por los estudiosos, sigue sin ser descifrada. Después de ese preámbulo, los autores tratan con amplitud el tema de la lineal B, los hallazgos de los archivos de tablillas, el desciframiento de la lengua de los micénicos y los problemas teóricos y metodológicos relativos al estudio de la misma y a su realidad histórica, problemas expuestos de manera sencilla, pero profunda.

La segunda sección temática, dividida en distintos capítulos, se fundamenta en los textos de las tablillas de la lineal B y postula diversos aspectos del mundo micénico: la geografía de sus reinos, la organización política y administrativa, así como la estructura social y también la economía, la religión y los aspectos militares. Al final, los autores presentan las novedosas ideas históricas en relación con la caída de los palacios micénicos que se reflejan en los documentos.

El libro contiene dos guías bibliográficas para cada uno de los capítulos, una general y otra comentada y, como era de esperar de sus autores, amplias y bien actualizadas; un índice onomástico y, en fin, una Antología comentada de textos micénicos (pp. 225-255), que es un verdadero apoyo para cada capítulo que antecede y un instrumento útil para estudiantes del mundo micénico y clásico, y para historiadores de la antigüedad y filólogos clásicos.

Esta antología presenta treinta y nueve tablillas de Pilo (PY), veintisiete de Cnoso (KN), seis de Tebas (TH) y cuatro de Minos (MY). Como mínima ejemplificación ofrecemos aquí el primer texto, con su comentario ceñido a lo más necesario para la inteligencia de la tablilla:

“PY Aa 240 a-ra-ka-te-ja MUL 21 ko-wa 25 ko-wo 4 TA 1 [

Estado de un equipo de trabajo de la industria textil, dirigido por una encargada (TA es abreviatura de tamia ...) y

compuesto por 21 hilanderas (*halakateiai*, derivado de *halakata*, “rueca”), 25 muchachas (*korwai*) y 4 muchachos (*korwoi*)” (p. 225). Es muy evidente que los términos de esta tablilla son claros para el griego antiguo. *Táμια*, por ejemplo, en Homero designa al “ama de llaves” o “intendente” ya que es un adjetivo que califica a quien distribuye o divide “el trabajo”. *Korwai* no es otra cosa que el plural de *κόρη* (de *κόρφα*), “muchacha”, mientras que *korwoi* lo es de *κόρος* (mejor conocido como *κοῦρος*), “muchacho”.

Ahora bien, en esta reseña deseamos concentrarnos en algunos puntos específicos sobre el estado actual de los estudios micénicos, que nos han llamado particularmente la atención.

A partir de la documentación proporcionada por las tablillas se han podido identificar muchos lugares arqueológicos en los cuales vivieron los micénicos, sobre todo alrededor de Pilo, Cnoso (donde existen 81 topónimos seguros y plausibles) y Tebas; en cambio pesa todavía una incógnita sobre las poblaciones famosas de Micenas y Tirinte (traducción que hacen de este nombre los autores).

Se sabe que la base económica no era otra que la importación de materias primas y la manufactura de productos de lujo que alcanzó un éxito similar al de las famosas bodegas de Atenas del s. v. Ruipérez y Melena afirman que actualmente está clara la organización de la producción, pero que resulta casi imposible el conocimiento de los aspectos de la administración o del gobierno del estado. Por otro lado, no es fácil tampoco aclarar el problema de la propiedad de la tierra y, en especial, la posición de las mujeres. A este respecto, los autores presentan dos tablillas de Pilo que se refieren a un litigio (EB 297 y Ep 10.5-7) en el cual es claro el punto en debate, pero no es posible conocer el desenlace (análogamente a lo que se presenta con los discursos judiciales de los ss. v y iv en Atenas). Se trata, en concreto, de una sacerdotisa llamada Erita a la cual una comunidad le reclama el arriendo (*onaton*) de dos fincas de su propiedad, una de las cuales, la mayor, era de dos hectáreas. Erita no quiere pagar la renta

de ambas fincas, argumentando que era un *etonion* del dios, es decir, que no estaban sujetas a renta porque ella las tenía sólo en préstamo, dado que oficiaba a la divinidad.

Otro aspecto de la economía se refiere fundamentalmente a la agricultura, por ejemplo, al cultivo de los cereales de subsistencia para los micénicos, tal y como una frase formularia homérica, reminiscencia de ese mundo, parece ilustrarlo: ὅσσοι νῦν βροτοὶ εἰσιν ἐπὶ χθονὸς σίτον ἔδοντες (*Od.* 8.222 et alii), “cuantos mortales hay en la tierra que comen el trigo”.

Por cierto, los típicos árboles de la cuenca del Mediterráneo que aparecen —higueras, vides y olivos— han caracterizado una forma de vida humana desde la época micénica.

Ahora bien, por las tablillas sabemos de los controles muy cuidadosos que había sobre todo de los olivos, que eran productos más útiles en la industria del aceite que en la alimenticia, como sucedió también en la época clásica. Aparecen en aquélla, además, varios productos vegetales aromáticos, que siguen utilizándose en nuestra cocina: el cilantro, el azafrán, el comino, el sésamo, el hinojo, el apio, la menta, el poleo, los berros, el cártamo. Todos los productos mencionados pertenecían al ámbito de la industria de la agricultura micénica con la cual los reinos obtenían la mayor parte de sus recursos económicos.

Con respecto a la religión micénica, el famoso historiador de la religión griega, Martin P. Nilsson, en 1952, se quejaba de que “la religión cretomicénica resulta un libro con ilustraciones pero sin texto”. Actualmente, sin embargo, los avances son considerables, pues en las tablillas se puede conocer la religión desde el punto de vista de los nombres de los dioses, de los santuarios, de diversos cultos y de los sacerdotes mencionados como consumidores de bienes dentro de la esfera de la administración palaciega.

La época micénica presenta ya todo el *Pantheon* masculino de la Grecia clásica —con excepción de Apolo— algo que se comenzó a sospechar cuando se vio que inclusive Dioniso aparecía en las tablillas. Por otro lado, la diosa femenina más

importante, que tiene el nombre de Potnia, corresponde seguramente a la posterior Deméter, aunque de ésta no aparezca el nombre. Potnia tenía diversas advocaciones en diferentes lugares (tal y como sucedió con la virgen cristiana, María, en diferentes zonas y épocas distintas): “Nuestra Señora del Laberinto”, “La Señora de Asia”, la “Señora de los Marjales”, la “Señora de los Caballos”, la “Señora de U-po”, “La Señora de las Mieses”, etcétera.

Entre otras diosas, resulta interesante la que tiene el nombre de Día, que aparece en un documento de Pilo (Tn 316) y que posee servidores masculinos y femeninos. Su nombre (*di-wi-ja* o *di-u-ja*/ Diwija/), nos dicen los autores, “es, en rigor, el femenino del nombre de Zeus, por lo que hay que suponer que se trata de la paredra del gran dios celeste indoeuropeo, sustituida luego por la argiva Hera cuyo nombre se atestigua al lado de Día en el mismo documento” (p. 186).

También es interesante descubrir el nombre de una diosa, Therasia, que corresponde al nombre antiguo de la isla de Tera, hoy Santorín, y que puede relacionarse con el recuerdo del cataclismo volcánico de la isla, en el periodo Minoico Reciente IB, es decir, hacia el 1450, a.C.

En relación con los cultos, Ruipérez y Melena presentan un documento muy especial de Pilo (PY Tn 316) en donde aparecen numerosas huellas de reelaboración y que, según Chadwick, fue escrito durante la caída del palacio. Actualmente algunos estudiosos consideran la tablilla como un rito de carácter rutinario. El documento dice que durante el mes de la Navegación (*Plowisto*) se hace una Consagración en la que se llevan presentes y víctimas. Se mencionan varias “capillas” y “sacristías” que se refieren a diferentes tipos de deidades que recibían el culto, cada uno en particular o bien en conjunto; se testimonian, así, ceremonias para la Señora y el Señor de la Casa, en donde habitaban las deidades Manasa, Posidaia y el dios Tres veces héroe; para el Santuario de Poseidón, en donde habitaban las diosas la Bovina y la Melenuda; para el santuario de la Venerable, en donde habitaban Hermes Areias,

Hera y Drimio, hijo de Zeus. La tablilla consigna tres vasos de oro y diez seres humanos, dos hombres y ocho mujeres, según el sexo de la divinidad a la que se destinan. Pues bien, como dicen los autores, “se ha sugerido que [en la tablilla] se trata en realidad de víctimas destinadas a ser sacrificadas, pues en épocas micénicas se practicaba el sacrificio humano según la tradición (recordemos el sacrificio de Ifigenia en la playa de Áulide) y a juzgar por algunos hallazgos arqueológicos” (p. 19). De esta manera, el sacrificio humano no parece ser algo excepcional, sino parte de la rutina administrativa del mundo micénico, algo que luego Homero expurga de sus relatos, limitando su aparición en circunstancias muy excepcionales (*Il.* XXIII).

Otro aspecto que los autores abordan es el de la guerra, ya que los micénicos fueron gente muy belicosa, como también lo fueron los griegos clásicos. Se habla, pues, de los tipos de carros, que Melena ha estudiado de manera particular, en la introducción del caballo en Creta, de las armas —defensivas y ofensivas— y el reclutamiento.

El capítulo XI, y con él, el libro, termina con la destrucción de los palacios. Tal y como pensaban ciertos lingüistas hace ya algunos años, a partir de los datos de Heródoto y de Tucídides, ya no es posible hablar del “retorno de los heráclidas”, es decir, de una invasión dórica, ni tampoco se puede pensar ya que hubiera habido causas naturales que destruyeran a la sociedad micénica. En cambio, en la actualidad se postula una desintegración de la expansión micénica por sus conflictos internos y por las contradicciones de la estructura económica y social, ya que en la visión belicista de ese mundo, al desaparecer la guerra exterior, los vasallos se independizan y los micénicos pierden su caudillaje.

Sobre este asunto tan discutido, empero, Ruipérez y Melena son muy cautelosos y consideran necesaria una mayor documentación, esto es, más tablillas, para tomar postura, pues “cualquiera que fuera el agente destructor o la causa del languidecimiento paulatino de los centros micénicos, éstos y, en

casos favorables, sus archivos quedaron enterrados bajo el barro de los siglos, hasta que la mano de los arqueólogos sacara a la luz el arcón de su documentación y en 1952 un joven inglés, Michael Ventris, hallara su llave, que nos permitirá hacer hablar a cuantos documentos puedan poner en nuestras manos las futuras excavaciones" (p. 216).

Como espero haber mostrado en las líneas anteriores, el libro es ágil, interesante y bien documentado. Para muchos, como en mi caso, puede resultar inclusive apasionante. Felicidades a los autores, por su acierto.

Silvia AQUINO

DIHLE, Albrecht, *Die griechische und lateinische Literatur der Kaiserzeit* (von Augustus bis Iustinian). Verlag C. H. Beck, München, 1989, 651 págs.

"En las siguientes páginas", comienza el libro, "se emprende el ensayo que el autor anunció en el prólogo de su *Historia de la literatura griega* (hasta el tiempo de Augusto)". Mediante este título se hace referencia al trabajo del mismo autor, titulado *Griechische Literaturgeschichte*, publicado por la editorial Kröner en Stuttgart, 1967. Estas dos Historias, la de la literatura griega y la de la literatura latina y griega de la época imperial (desde Augusto hasta Justiniano) tienen mucho en común; no es, por tanto, nada casual el que los prólogos comiencen en forma casi idéntica: "En las siguientes páginas", se decía en 1967, "se emprenderá el ensayo de presentar las manifestaciones más importantes de la literatura griega, desde sus principios hasta la época de Augusto".

En realidad, la promesa de una Literatura de la época imperial no parece estar hecha tan claramente en el prólogo, como en el epílogo, que comienza con las palabras siguientes: "Terminamos esta presentación de la Historia de la literatura griega con el comienzo de la época de Augusto, en la segunda